

en sentir de su criado *Cosme*, juguete de algun duende ó cosa parecida; en tal estado discurren así los dos nombrados personajes:

MANUEL.

En duda tal  
El juicio podré perder;  
Pero no, *Cosme*, creer  
*Cosa sobrenatural*.

COSME.

¿No hay duendes?

MANUEL.

Nadie los vió.

COSME.

¿Familiars?

MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¿Brujas?

MANUEL.

Menos.

COSME.

¿Hechiceras?

MANUEL.

¿Qué horror!

COSME.

¿Hay súcubos?

MANUEL.

No.

COSME.

¿Encantadoras?

MANUEL.

Tampoco.

COSME.

¿Mágicas?

MANUEL.

Es necedad.

COSME.

¿Nigromantes?

MANUEL.

Liviandad.

COSME.

¿Energúmenos?

MANUEL.

¿Qué loco!

COSME.

¿Vive Dios que te cogí!

¿Diablos?

MANUEL.

¿Sin poder notorio?

COSME.

¿Hay *almas del purgatorio*?

MANUEL.

¿Qué me enamoren á mí?

Y véase en ese pasage, el mas claro y aun osado que contra las supersticiones jeneralmente admitidas conocemos en la literatura española de aquellos tiempos, á Calderon negando [medio siglo muy largo despues de la época que en este libro describir procuramos,] y negando resueltamente *Duende*, *Familiars*, *Brujas*, *Hechiceras*, *Súcubos*, *Encantadoras*, *Mágicas*, *Nigromantes* y *Energúmenos*, que no fué negar poco; y llevando su astucia hasta sentar que los *diablos carecen de poder notorio*: pero deteniéndose, si bien no de muy buen grado, delante de las *almas del Purgatorio*, y para no negar lo que todos creian, forzado á valerse de un ingeniosísimo subterfugio; porque D. Manuel no contradice las apariciones de los espíritus, sino que se entretengan en enamorarlo á él.

Resulta, pues, á nuestro entender, probado no que debamos hoy creer en los *Aparecidos*, sino que al juzgar á los que sí creian en ellos hace tres siglos, forzoso es tomar en cuenta el estado de la civilizacion de su época, las ideas entonces universalmente admitidas, y en resúmen, que las palabras *creyente* y *supersticioso* son, como todas, representacion de ideas relativas á los tiempos y circunstancias, no fórmulas de un pensamiento absoluto.

Por tanto, D. Alonso de Avila, dando entera fé á la aparicion de su padre, que debió ser en realidad un ensueño y no otra cosa; así como el jóven D. Fernando de Valdestillas, creyendo, como en su propia existencia, en la vision del espíritu del Mártir, no deben parecernos ni supersticiosos fanáticos, ni crédulos ignorantes; sino simplemente hombres de su siglo, hombres que dotados ambos, cada cual en su jénero y á su manera, de apasionados ánimos y ardientes fan-



tasfas, ambos tambien en posiciones en que forzosamente llegaron al grado máximo de la exaltación posible de todas sus facultades, creían ver de hulto y personificadas las elucubraciones de su imaginación calenturienta.

Así el esposo de Elvira se resignó á la muerte sin intentar siquiera la defensa de su cabeza, no porque en realidad le faltara el ánimo, ni porque en sus instintos estuviera el martirio, sino porque creía obedecer los preceptos del mismo Dios, de la boca de su padre oídos; y así D. Fernando de Valdestillas recobró súbitamente su valor sereno, su fuerza moral inconmensurable, un momento antes abatido aquel y paralizada esta, en el instante en que creyó tambien que el cielo estaba de su parte, y que el espíritu del Mártir le alentaba.

Que ese poder de los sentimientos poéticos, porque poesía es en resumen hasta la fé misma; que ese poder, decimos, de los sentimientos poéticos en el corazón del hombre, debilitado hoy por lo que se llaman progresos de la civilización, valga mas ó menos que el dominio absoluto del cálculo, viven los cielos que no lo discutiremos. Crea cada cual lo que mejor le parezca: pero lo que sí afirmamos, es que sin mucha poesía en el alma (cuenta que decimos poesía, no versificación), ni se acometen, ni se llevan á cabo las grandes empresas. ¡Es tanto mas fácil y lucrativo especular en carbon, ó prestar dinero sobre prendas, que consumir la vida investigando la verdad moral, ó arriesgarla en escalar las montañas para arrancarle al firmamento sus secretos y á la atmósfera sus arcanos, ó perderla defendiendo los derechos de todos contra la tiranía de algunos!

Pero ¡á dónde vamos, Dios poderoso! ¡A dónde vamos!—Tiempo es ya de volver al canto llano, prosiguiendo en la relación de las desventuras de los personajes que tenemos ha mucho tiempo en escena, y tan tristemente van retirándose de la del mundo.

D. Fernando, pues, alucinado ó sereno, cada cual juzgue lo que quiera, salió del cementerio del convento y dirigióse á la celda que en él ocupaba, llegado á la cual tendióse en el cenobítico lecho, encomendándose fervorosamente á Dios, y durmióse.... “¡Cómo! ¡En tales circunstancias durmió aquel poético mancebo!—¡Ah, señor autor, señor autor! ¡No sabéis que el sueño es lo mas prosaico que imaginarse puede!”—Lo siento mucho, señor crítico, pero fuera de los encantados que, segun dice el ingenioso hidalgo, no cierran nunca los ojos, y de los locos que apenas duermen, á todos los demas hijos de Eva nos somete el sueño, mas ó menos tiempo, á su soporífico cetro. Dormirse ó morir, no hay mas arbitrio: y las vijilias del mísero doncel eran ya muchas y largas; y á mayor abundamiento, el sueño huýe de los párpados del irresoluto, pero no se niega nunca á refrescar con sus alas el espíritu de los que, tomada ya una resolución estrema, son capaces de llevarla á cabo tan sin pensamiento de retroceso, como sin posibilidad de flaqueza, llegado que sea el momento crítico.

Tal era el caso de D. Fernando; necesitaba dormir algun tiempo para equilibrar las fuerzas del cuerpo con las del alma; y se durmió cuando quiso dormirse, y profunda y sosegadamente, seguro de despertarse en tiempo oportuno, y de que la máquina puramente física, tendría entonces el vigor necesario para obedecer los impulsos del agente imperecedero que la mueve.

Sí; el sueño de la inocencia que, divorciada ya del mundo, tiene en el cielo fijo el pensamiento, descendió á refrigerar el corazón anjélico de Fernando, al propio tiempo que el del valor constante á prestarles fuerzas á los hermanos Avilas para entregar en breve sus gargantas á la segur homicida, sin que el vulgo atónito viese en sus rostros el menor signo de cobardía ó flaqueza. Dios, que es el padre común de los desgraciados; Dios á quien son mas gratas las lágrimas del bueno que los inciensos del hipócrita; Dios, en fin, que es la misericordia suprema, quiso que durmieran las víctimas, mientras que los sacrificadoras triunfantes velaban inquietos, ya temiendo que aun se les huyesen de entre las manos sus míseros enemigos, ya presintiendo lo que abruma el peso de una sola gota de sangre inocente.

Porque, en verdad, los Doctores velaron aquella lúgubre noche, inquietos, desasosegados, temerosos, como si ellos fueran los que el cadalso esperaba, y no á los dos caballeros contra quienes la injusta sentencia fulminaron en su rencor inestinguible.

Velaron, sí; Orozco en su estudio solitario, leyendo y releýendo la ley contra los delitos de lesa Majestad, y diciéndose: “*Son traidores: deben morir!*” ¡Como si palabras bastasen á borrar iniquidades! Ceinos, en su lecho, pero atormentado incesantemente por el temor de una sublección del pueblo; Villalobos, sin osar retirarse á su estancia, haciendo hablar en culto á su hija, y escuchando en vez del acento de Ines, la voz de los Avilas que ante el tribunal divino le emplazaban.

Los tres jueces, de común acuerdo, callaban religiosamente el secreto de la sentencia de los Avilas al público por temor de sublecciones á sus familias y amigos, ya por evitar indiscreciones, ya por cierta especie de rubor que á todos nos obliga á encubrir, á nuestros deudos y personas íntimas mas que á nadie, las flaquezas ó crímenes en que incurrir podemos.

Y sin embargo de tanta reserva, á poco mas de la media noche, vió con asombro el Doctor Ceinos entrar en su alcoba á su esposa doña Beatriz, desgreñado el cabello, pálido el semblante, encendidos los ojos, hecha, para decirlo de una vez, una furia del Averno, sin que le faltase ni la tea incendiaria, pues llevaba en la diestra una luz encendida.

—¡Qué horas de venir son estas! [esclamó el presidente de la Audiencia, años hacia desacostumbrado á nocturnas visitas de su consorte.] ¡Qué me queréis, doña Beatriz?



—¿Qué os quiero? [replicó la furia acercándosele tanto, que le chamuscó los bigotes con la luz.] ¿Qué os quiero, Doctor Ceinos? “Quiero que no consumeis el horrible asesinato que estais preparando. Quiero deciros que si haceis degollar á D. Alonso de Avila, sereis un villano cobarde, y que yo, vuestra esposa, yo misma seré la primera que proclame á la faz del universo vuestra infame alevosía; yo misma, yo iré á echarme á los piés del rey, para decirle por qué dais muerte al desdichado caballero, y á pedirle que haga justicia. Eso quiero, Doctor Ceinos; eso haré, si ahora, en este mismo instante, no revocais la inicua sentencia que esta mañana firmásteis.”

Todo lo esperaba, todo lo temía el presidente, menos que su mujer supiera que D. Alonso iba á morir, y mucho menos aún que, de llegar á saberlo, tuviera voluntad y audacia bastantes para impetrar su perdón. Figúrese el lector cuál sería su asombro al contemplar á aquella mujer, convicta y confesa, además, de infidelidad con Avila, y oírle, no pedir, sino escijir amenazando la revocacion de la sentencia de los reos ya en capilla á la sazón puestos.

Al ocupar Villegas los papeles de D. Alonso, consistentes solo, como dijimos en tiempo oportuno, en documentos de familia y administracion de sus bienes, y en billetes galantes, halló largas, eruditas, apasionadas y muchas epístolas de la culta Inés; y menos en número, no muy elegantes en el estilo, pero sí tan significativas como aquellas, unas cuantas de doña Beatriz, entre las cuales descollaba la escrita hallándose herido el infiel galan, para avisarle del peligro que corría por parte de la audiencia.

Avila, harto de Ines, y hastiado de Beatriz, no leyó, como sabemos, sus postreros billetes; pero Manuel de Villegas y Juan de Sámano, no contentos con profanar ellos con sus prosáicas miradas los misterios de la doctoral galantería, tuvieron la feliz ocurrencia y sana intencion de poner en manos de Villalobos las epístolas de su hija, y en las de Ceinos las cartas de su esposa, que fué probarles á los dos la liviandad de entrambas señoras.

Mas á Villalobos le quedaba el recurso de achacar á la inocencia y á la seducción las fragilidades de su sapientísima hija; y á ella el arbitrio de llorar elejiacamente para obtener el perdón de sus culpas. Luego, el corazón de un padre, aunque sea juez, suele ser de suyo blando y á la compasion indulgente con sus hijos inclinado: por manera que, con graznar Villalobos cuatro vulgaridades por la perversidad del siglo, y jeremiarse ella una docena de párrafos ininteligibles sobre los engaños de los hombres y las decepciones de un corazón sencillo, hicieron las paces el padre y la hija, volviendo el primero á creer que era una Lucrecia, y la misma Inés á oírse llamar recatada doncella con serenidad imperturbable. Lo único grave que de aquella tempestad resultó, fué la resolución firme que hizo Villalobos de encontrar culpable á D. Alonso y degollarle por ende.

Difícilísima, empero, fuera la soldadura del negocio en casa del doctor Ceinos, si los años, los achaques y la posicion que ocupaba en el mundo, no enfrenaran su iracunda condicion; porque ni las fragilidades de Beatriz admitían la disculpa de la ignorancia ó de la inesperienza, ni el carácter de su marido era de los que fácilmente se avienen á sufrir resignados un notorio agravio. Ceinos, entregado esclusivamente á la ambicion, á la codicia y á los negocios, curábase en verdad poco de escudriñar la conducta de su mujer, á quien no amaba, y sin cuyo cariño podia vivir satisfecho. A su edad, el corazón entra por muy poco en la felicidad de la vida. Mientras pudiese ignorar que era infamado, seguramente no se diera el doctor por entendido de su afrenta; pero las cartas á D. Alonso llegaron á poder de Ceinos por conducto de Villegas y con conocimiento de Sámano, y el testimonio de aquellos papeles era de tal naturaleza que un ciego tuviera que rendirse á su evidencia. En el primer instante, pues, el presidente de la audiencia resolvió encerrar para siempre á la culpable en un claustro, y aun, si necesario fuese, considerarla complicada en la conjuracion y juzgarla ni mas ni menos que á los demas acusados; pero Beatriz, que era lo que los franceses llaman *une maîtresse femme*, armándose de su propia culpa, opuso resuelta el escándalo á la justa cólera del ofendido esposo. El escándalo, cabeza de Medusa de la ejida tras de la cual se hacen invulnerables las mujeres de mala índole; el escándalo, que aterra al honrado como al ambicioso, al escéptico como al timorato; el escándalo, ante el cual se le caen al valiente las armas de la mano, y triunfa la prudencia hasta de la cólera del mas orgulloso.—“Publica tu ofensa con mi fragilidad, castigándome; y el mundo me compadecerá reclusa, y á tí te escarnecerá engañado. Publica tu agravio en buen hora: mientras yo gimo en un convento, tú serás la fábula del universo. A mí, encerrada, no podrán escarnecerme; á tí, libre, la sociedad te arrojará á la cara de continuo, y siempre, la deshonra que tú mismo proclamaste.”—¿Qué oponer á semejante raciocinio!—Una de dos: ó sufrir en silencio, ó clavar un puñal en el corazón de la culpable. Lo primero es mas fácil: lo segundo en nuestros tiempos, fuera de moda, y además medio seguro de morir en el patíbulo, lo cual nada remedia.

Así Ceinos, hallando á su mujer invulnerable, no pudiendo por su edad y profesion acudir al espediente de ensangrentar la escena, y convencido además de que el marido viejo que se confiesa engañado por su esposa, si no niña, mucho mas jóven que él, notoriamente todo lo que logra es dar que reír á las jentes, hubo de resignarse á una reconciliación aparente con Beatriz, no sin llamar antes á Villegas y á Sámano para declararles que las cartas que le habian entregado no eran de su virtuosa consorte, sino finjidas por el infame D. Alonso, el cual, no habiendo podido abrir brecha en la fortaleza de su castidad, queria sin duda alguna vengarse calumniándola por medio de tan vi-



llana invencion. El alguacil mayor y Manuel de Villegas, sabiendo por una parte á qué atenerse en cuanto á la virtud y castidad de Beatriz, y por otra importándoles poco de lo que ser pudiese, no solo se dieron por satisfechos, sino que, entrando completamente en las miras del doctor, felicitaronle por su dicha en poseer dama de tan relevantes dotes.

En tal estado vivia aquel matrimonio, casi en absoluta recíproca incomunicacion, fuera de los actos indispensables para cubrir las apariencias, cuando doña Beatriz, llevando al extremo su audacia, osó presentarse en la alcoba de Ceinos á deshora de la noche y para pedirle la revocacion de la sentencia de D. Alonso. Pero ¿cómo supo aquella señora lo que tan cuidadosamente encubrian los doctores! Porque Fortun, el paje favorito, el huron de novedades, el personaje por insignificante en todas partes introducido y en ninguna mirado, llegó á saber aquella noche por uno de los llaveros de la cárcel, su grande amigo, que los Avilas estaban ya en capilla; y tambien aquella noche, al ir á tomar, como lo acostumbraba, las últimas órdenes de su señora despues de recojido el doctor, refirióle punto por punto á Beatriz lo que acontecia.

Seamos justos con todo el mundo: la mujer liviana, la que con un pajecillo se consolaba de la pérdida de un caballero tan apuesto como el esposo de Elvira, la que con audaz cinismo le imponia á su marido la carga de evidentes agravios, al escuchar que el infiel á quien con encarnizamiento habia perseguido, iba á morir á manos del verdugo, sintió en su corazon el fuego de esa compasion ardiente de que el cielo ha dotado al seco débil, en compensacion sin duda de su debilidad misma. Y apartando de sí á Fortun, y posponiéndolo todo á su dolor, y resuelta á obtener á costa de su libertad y fama, si necesario fuese, la vida de D. Alonso, mandó primero al paje á casa de Villalobos para que á Ines enterase de lo que pasaba, y fuese ella misma en seguida á interpelar á Ceinos tan vigorosamente como lo hemos ya visto.

Incorporóse el doctor en el lecho, y despues de mirar fijamente algunos instantes á su esposa, exclamó:

—¿Estás loca, Beatriz!

—No, Ceinos, contéstó ella; pero quizá lo esté si vuestro crimen llega á consumarse. Encerradme, si quereis, en un convento: yo diré que voluntariamente me retiro al claustro; vestidme con áspero cilicio, condenadme á perpetuo ayuno: todo lo acepto, todo con gratitud, si á D. Alonso perdonais la vida que le quereis quitar á traicion y sin justicia. ¿Os estorba ese hombre? ¿Le odiais porque yo le he amado? ¿Le temeis porque es el valor mismo? Condenadle entonces á perpetuo encierro, lejos, muy lejos de Nueva-Espana: así vuestra cólera quedará satisfecha, vuestro temor asegurado, y no os mancharéis, al menos, con la sangre de un inocente!

La elocuencia de la pasion movia los labios de Beatriz: Ceinos, aterrado ante la espresion sublime del heroismo con que aquella mujer, vulgar hasta entonces, se le ofrecia en reemplazo de la víctima al sacrificio destinada; heroismo que superaba su intelijencia y no podia menos de superarla, porque el raciocinio se queda siempre corto siguiendo al sentimiento, porque las mujeres, cuando sienten, valen infinitamente mas que los hombres, así como cuando de sensibilidad carecen, son el mas despreciable de todos los seres creados; Ceinos, deciamos, ni á responder ni á resolverse acertaba.

Pero redimir la cabeza de D. Alonso de la cuchilla del verdugo, fuera ya imposible para el presidente mismo de la audiencia, aun cuando en su empedernido corazon caber pudiese algun jeneroso sentimiento; y Beatriz, al mismo tiempo, cumpliria su palabra de escandalizar el universo, si en aquel momento, sobre todo, no se le daba alguna esperanza. ¿Cómo salir de tal apuro?—Mintiendo.

Ceinos, pues, finjió primero cólera, despues enternecimiento, luego opuso dificultades que él propio iba desvaneciendo, acabando por ofrecer que propondria á sus colegas que suspendieran la ejecucion de los Avilas hasta que, consultado el rey, decidiese definitivamente su suerte.

En cambio Beatriz, sinceramente conmovida, fué una vez tierna con su anciano esposo, arrodillándose á los piés del lecho, besándole la mano, y prometiéndole la enmienda de las pasadas culpas; con lo cual por aquella noche se aplacó la tormenta, y pudo el doctor recoger un tanto su espíritu, ya que no conciliar el sueño, que huyó, naturalmente mas que nunca, de sus párpados.

¿Qué acontecia, en tanto, en casa del doctor Villalobos? Poca cosa: Fortun, despues de penetrar, no sin dificultades por lo avanzado de la hora, en el santuario de la décima Musa, revelábale el triste secreto de la sentencia; Inés, llorando antes algunos minutos medio en latin, medio en castellano, con el mensajero de Beatriz, despedíale pudorosa; y luego, vistiéndose primero de luto, y recordando las clásicas lamentaciones de Artemisa y Dido, pasaba á la estancia de su padre, de quien pocos minutos antes se habia separado, y declamábale con jesto académico y acento de actriz trájica, un trozo tan culto y embrollado que el buen doctor hubo de rogarla que se esplicase en romance si queria ser entendida.

En resumen: Ines sintió que se tratara de degollar á D. Alonso, pero siendo como era culta y sabidora, dejóse seducir un tanto por lo trájico de la situacion, que en realidad podia ser para ella fecundo manantial de tiernas elejías y desesperadas canciones. La mujer culta es una especie de monstruo, cuando no dañino, extravagante al menos.

Villalobos esplicó á su hija cómo las Leyes de Partida, y antes que ellas las góticas, y todavia antes las romanas, y el derecho de jentes,



y la costumbre universal de todos los pueblos, condenaban á los *traidores*, entendiéndose por tales no solamente los que faltaban á sus juramentos, desertaban de sus banderas, vendian á su patria, ó á los enemigos prestaban servicios, sino tambien á todo el que no hallando bueno el gobierno que le oprimia, intentaba cambiarlo; y el que descubria las iniquidades de los gobernantes; y el que, perseguido, no se dejaba hacer tranquilamente; y el que se burlaba de sus ridiculeces; y en fin, cuantos de una ú otra manera oponian obstáculo al libre uso y abuso de la autoridad suprema. A tan cómoda y luminosa teoría no halló Inés que oponer otro argumento que el de preguntar cómo se le probaba á D. Alonso que habia incurrido en caso de traicion: á lo cual facilmente respondió Villalobos, contestando que era notorio que Avila se mofaba de continuo de los doctores, poniendo en ridículo sus providencias, y no respetándoles las mujeres ni las hijas, como la doncella lo sabia por propia esperiencia. Replicó la culta que las traiciones amorosas, incluidas las del

“Traidor Vireno, y fementido Eneas,”

no constaba que se castigasen con pena tan grave como la degollacion, á menos de que llegaran al punto que la de Gomez Arias con la *niña* que vendió á los moros de Benamejí.

Pero Villalobos insistia en que degollar á D. Alonso no era por sus fechorías galantes, sino por la conjuracion, de la cual faltaban á la verdad pruebas materiales, mas en cambio eran abundantísimas las morales.

Reducido el negocio á discurso, claro está cuál seria el resultado: Inés fué vencida, y preparóse á llorar su viudez lo mas clásicamente que pudiera.

Véase la diferencia de la mujer galante á la culta: la primera, frágil sin duda, no abdica el sentimiento; la segunda, sin ser necesariamente un modelo de castidad, sacrifica en aras del saber los impulsos de la ternura y aun de la compasion misma.

En caso de optar forzosamente, nuestra eleccion está hecha: venga el frágil pero sensible; cargue el que quiera con la doctora suficiente.



## CAPITULO X.

QUE DA RAZON DEL MERCADO DE TLATELOLCO Y DE LO QUE EN ÉL ACONTECIÓ EL DÍA 3 DE AGOSTO DE 1566.

HAY un jénero de anteojos que estuvieron muy en moda años hace, llamados *Kaleidoscopios*, palabra compuesta, cuya significacion, segun los helenistas, es: *formas bellas veo*, pero que en realidad debiera haber dicho *varias* en lugar de bellas, pues realmente lo que acontece se reduce á que, dándole vueltas al instrumento, unos mismos objetos se presentan á la vista de infinitas variadas maneras combinados, formando dibujos bellos unas veces y otras quizá lo contrario. Pues ahora bien: el mundo para el observador curioso viene á ser lo que un Kaleidoscopio en manos de cualquier desocupado: especie de linterna mágica que, variando sus cuadros sin gran respeto á las leyes de la lójica y de la consecuencia, ora con apacibles espectáculos recrea, ora con tremebundas apariciones espanta; ya provoca la risa, ya escita el llanto; ya da lugar, y es para nosotros lo peor del cuento, al soporífero bostezo. Hombres y sucesos, naciones y épocas, siglos y razas, todo presenta distintos y aun entre sí contrarios aspectos, segun el jiro que da el observador al tubo óptico que maneja; y si así no fuese, ¿cómo esplicariamos la simultaneidad con que lloran unos y rien otros, y gozan estos cuando aquellos padecen? ¿Cómo, si en el punto de vista no estibara todo, habia de ser constantemente la vida un río que, recibiendo á un tiempo sus aguas de manantiales salobres y dulces fuentes, ora por las primeras, y mas tarde por las segundas solas, nos parece formado?